

Pseudónimo: Madridista / Categoría II (15-19 años)

VIAJE EN EL TIEMPO

Sigüenza estaba ilusionada. Todos hablaban sobre la exposición "Atémpora", que estaba a punto de inaugurarse en la catedral de la ciudad. La llamaban la "exposición del siglo".

En el instituto también la esperaban con impaciencia, ya que para el lunes tenían reservada una visita guiada aprovechando que los primeros días la entrada era gratuita.

Todos querían saber como era la vida en época de Cervantes; pero algunos como Íker no estaban tan contentos, por que en sus vidas solo les gustaba jugar al fútbol, divertirse y disfrutar a lo máximo.

Íker era un chaval de 16 años, pero todavía estudiaba en tercero de la ESO porque había repetido un año. Era regordete porque le gustaba comer y jugar a la Play Station.

También le encantaba el fútbol, aunque prefería verlo por la televisión que participar en un partido. Su pelo era rizado y rubio, y sus ojos grandes y redondos. Era bastante guapo, pero no era interesante hablar con el porque no era culto (el único libro que leyó sin obligación fue el de los tres cerditos).

En el recreo Íker no paraba de hablar que la exposición es una birria y que no merece la pena perder el tiempo visitándola. "Mejor que nos llevaran a ver un partido de futbol al estadio Dragao."-decía entusiasmado.

El lunes a segunda hora, los alumnos de tercero fueron a la exposición acompañados de sus tutores y algunos profesores. Por desgracia les toco un guía bastante aburrido y monótono. Estaban casi media hora en una sala escuchando sus largor discursos. Íker se empezó a marear, se tumbó en un antiguo banco y cerró los ojos. Cuando los abrió se encontraba en un lugar oscuro y bastante sucio. La calle en la que estaba era estrecha y no había ninguna farola. Íker caminó todo recto hacia arriba, hasta que vio un castillo. Era grande y se parecía al parador de Sigüenza. Alrededor estaban unas personas vestidas con trajes muy raros.

"Están grabando una película"-pensó.

Íker empezó a tener mucha hambre y fue a buscar una tienda para comprar algo para comer. Después de un rato caminado apareció en un bosque. Oyó algún ruido extraño y vio en la oscuridad dos figuras que iban montadas a caballo. Uno era alto y delgado como un palo, y el otro grueso como un saco de patatas. Ellos se pararon delante de Íker. El bajito tenía la cabeza redonda como un balón de volleyball, ojos pequeños, labios gruesos, y parecía muy tranquilo. El alto, al contrario, movía mucho los brazos como los

molinos de viento y gritaba cosas sin sentido. Sus ojos brillaban como los faros de un coche y parecía que estaba muy enfadado. Era igual que el vecino de Íker, Don Tomás, un profesor de Filosofía de universidad. No le gustaba nada cuando los chicos jugaban al fútbol enfrente de su casa, siempre estaba de mal humor y hablaba muy raro.

-¿Quién se atreve a cortarnos el camino? ¡Cobarde criatura!- gritó el alto muy furioso - Soy Don Quijote de la Mancha. Tengo que salvar a Dulcinea. ¿Qué camino me llevará...?

-“Ah, son actores de la película”-penso Iker. Cogió su móvil y les sacó una foto con un flash muy potente. En ese mismo momento Don Quijote saltó del caballo y empezó a acercarse al muchacho con su afilada lanza gritando que ha visto la luz del demonio.

Su compañero también saltó del suyo, y entre los dos estuvieron a punto de cogerle. Íker empezó a gritar como una sirena de bomberos.

Abrió sus ojos... estaba tumbado en un banco antiguo de la catedral, rodeado de sus compañeros que le miraban con risas.

“Así terminamos nuestro viaje por el tiempo. Espero que os haya gustado esa excursión”- dijo el guía sin mucha emoción.

Lo primero que hizo Íker al día siguiente fue a buscar información en Internet sobre Don Quijote. Le sonaba este nombre, aunque no recordaba de dónde. Descubrió que era un personaje de un famoso libro de Miguel de Cervantes. Cogió en la biblioteca del instituto ese libro y se enganchó a las aventuras de Don Quijote y Sancho Panza.

Así, gracias a una pesadilla, a Íker le empezó a gustar la literatura y la historia. Mejoró bastante sus estudios y dentro de tres años entró en la Universidad de Alcalá de Henares.

Ya sabía que allí nació Cervantes, su escritor preferido; y a veces cuando pasaba por delante de su casa-museo y veía las dos esculturas de Don Quijote y Sancho Panza, siempre les daba gracias por aquel sueño que cambió su vida.